

# JULIO JÁUREGUI: EL NACIONALISMO VASCO MODERADO. DE LA GUERRA CIVIL A LA TRANSICIÓN\*

Fernando Martínez Rueda  
(UPV/EHU)

fernando.martinez@ehu.eus  
orcid.org/0000-0002-9083-2278)

## Introducción

La historia del nacionalismo vasco ha sido representada con la metáfora de «el péndulo patriótico»,<sup>1</sup> acertada expresión que refleja los componentes radicales y moderados constitutivos del Partido Nacionalista Vasco y su evolución pendular a lo largo del tiempo, oscilando entre independentismo y posibilismo en las diferentes circunstancias históricas. Esta pluralidad del nacionalismo vasco tiene su origen en los propios mensajes contradictorios de su fundador, Sabino Arana, que en su trayectoria política pasó de un nacionalismo antiliberal, integrista, antiespañol, racista e independentista a otro más pragmático, menos radical y más tolerante con el liberalismo y los procesos de modernización. Además, al final de sus días el padre del nacionalismo vasco experimentó una *evolución española* y dejó escrito que el objetivo político del nacionalismo vasco debía ser «una autonomía lo más radical posible dentro de la unidad del Estado español».<sup>2</sup> A la muerte de Arana la convivencia entre los componentes radicales y moderados fue posible gracias a la formulación ambigua de las reivindicaciones nacionalistas. Para sortear el dilema entre independencia o autonomía, se recurrió a la reivindicación de la restauración foral como fórmula de compromiso que, por sus diferentes inter-

pretaciones, podía contentar a todos los sectores. Pese a ello, la evolución del PNV durante el siglo XX se caracterizó por su carácter pendular, alternando momentos y mensajes pragmáticos con otros más radicales, y por las tensiones internas entre los sectores independentistas y moderados, lo que dio lugar a varias escisiones protagonizadas habitualmente por las tendencias más extremistas como el grupo *Aberri* en 1921, *Jagi- Jagi* en 1934 o ETA en 1959.<sup>3</sup>

Este trabajo parte de la hipótesis de que Julio Jáuregui (Bilbao, 1910-Madrid, 1981), uno de los dirigentes más relevantes del nacionalismo vasco en el siglo XX, encarnó como pocos políticos la tendencia moderada del PNV y evolucionó durante la Transición hacia un nacionalismo heterodoxo que defendía con vehemencia el autogobierno vasco, pero dentro del marco constitucional del Estado español.<sup>4</sup> Jáuregui fue diputado en las últimas Cortes de la Segunda República. Formó parte de la denominada «generación nacionalista de 1936», liderada por José Antonio Aguirre, que renovó profundamente la dirección del Partido Nacionalista Vasco en los años treinta.<sup>5</sup> Durante la Guerra Civil colaboró estrechamente con el *lehendakari* José Antonio Aguirre. Acabada la guerra, se exiló en París, donde se casó y donde nació su primer hijo pocos días antes

de la ocupación de Francia por el ejército de Hitler. Tras la invasión nazi de Francia y después de casi dos años de peregrinaje y confinamiento por tierras galas, el 22 de mayo de 1942 consiguió llegar a México, por aquel entonces capital del exilio republicano español. Allí fue nombrado secretario de la delegación del Gobierno vasco.<sup>6</sup> En estrecha colaboración con Telesforo Monzón –delegado del Gobierno Vasco en México–, y en permanente contacto con el *lehendakari* José Antonio Aguirre, participó en las negociaciones con las fuerzas políticas del exilio que trataban de ofrecer a los aliados una alternativa unitaria al régimen de Franco en los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial. En 1945, su partido le pidió que regresara a Francia y asumiera el cargo de secretario del PNV. Aunque inicialmente se resistió –no le gustaba esa labor, por considerarla burocrática–, finalmente, en diciembre de 1946, volvió a Francia y se instaló en la localidad vasco-francesa de Biarritz, desde donde gestionó la actividad del PNV y dirigió la revista *Alderdi*, al tiempo que participaba en las actividades de las Cortes republicanas del exilio como secretario de la minoría parlamentaria y miembro de la Diputación Permanente.<sup>7</sup> Impulsó la estrategia europeísta del nacionalismo vasco, junto a otros destacados nacionalistas moderados, como Landáburu o Lasarte.<sup>8</sup> Desempeñó su labor como secretario del PNV hasta 1952, en los momentos de mayor actividad de la resistencia peneuvista contra el franquismo. El fracaso de la estrategia opositora de los nacionalistas vascos, que confiaban en el apoyo de las potencias occidentales para derrocar a Franco, y la consolidación del régimen franquista, junto a las necesidades económicas familiares, llevaron a Jáuregui a abandonar la primera línea de la actividad política para dedicarse a la empresa privada. A mediados de los años cincuenta regularizó su situación como residente español en territorio francés,

lo que le permitió cruzar frecuentemente la frontera, aunque hasta las postrimerías del franquismo mantuvo su residencia habitual en Biarritz donde, según decía, podía mantener su independencia personal y continuar colaborando con el PNV en la clandestinidad.<sup>9</sup> En 1974 se jubiló y se estableció en Madrid. En la última etapa del franquismo y en los primeros momentos de la Transición se convirtió en el hombre del PNV en la capital de España. Tras la constitución del primer gobierno Suárez, los partidos vascos de la oposición antifranquista favorables a negociar con Suárez le nombraron, a propuesta del PNV, su representante en la famosa «Comisión de los Nueve». En 1979 fue elegido senador por Bizkaia, cargo que desempeñó hasta su muerte, en 1981. Había iniciado su trayectoria política en las Cortes republicanas que aprobaron el primer Estatuto de autonomía de la historia del País Vasco y la concluyó como miembro del Senado que sancionó más de 40 años después el Estatuto de Gernika. Su notable influencia política se prolongó durante casi 50 años, desde los años treinta hasta principios de los ochenta, siendo una de las figuras políticas más destacadas del nacionalismo vasco en las décadas centrales del siglo XX. Pese a ello, Julio Jáuregui es uno de los políticos menos conocidos de la historia del nacionalismo vasco.<sup>10</sup>

Este artículo pretende cubrir, siquiera parcialmente, el vacío historiográfico que rodea la figura de este relevante político nacionalista. No aspiramos a ofrecer una completa biografía política del personaje, tarea que excede el reducido espacio de estas páginas. Pero sí queremos poner el foco de nuestra atención sobre dos cuestiones que están relacionadas: el carácter moderado del nacionalismo de Julio Jáuregui y su actuación política durante el proceso de Transición a la democracia. El análisis de su figura nos permitirá observar cuáles fueron las respuestas de un nacionalista

moderado ante algunas de las disyuntivas que le presentó el devenir histórico entre 1936 y 1980. Empleando la perspectiva biográfica en el estudio del nacionalismo, trataremos de desvelar nuevas cuestiones como la influencia de la experiencia de la Guerra Civil y su memoria en las posiciones políticas durante el Franquismo y la Transición, la manera en que un nacionalista vasco moderado vinculó democracia española y autogobierno vasco<sup>11</sup> o las posiciones de un *jeltzale* heterodoxo ante los debates que el proceso de Transición a la democracia planteó en el seno del nacionalismo vasco.

Julio Jáuregui, un nacionalista moderado en la Guerra Civil y el franquismo

El proceso de formación de la identidad nacional de Julio Jáuregui estuvo estrechamente vinculado a su opción religiosa, definida por el catolicismo social. Sus orígenes familiares no parecían empujarle al nacionalismo vasco de Sabino Arana. Sus padres, procedentes de La Rioja y de la ribera navarra, se establecieron en Bilbao a inicios del siglo XX: «ellos vinieron a Bizkaia y trabajaron duramente para sacar a sus hijos adelante y lo consiguieron», explicó años después el político bilbaíno.<sup>12</sup> Alcanzaron una posición acomodada que les permitió dar estudios universitarios a sus cuatro hijos. El tercero de ellos, Julio, estudió Derecho en la Universidad de Deusto, con brillantes resultados académicos.<sup>13</sup> Desde sus tiempos de estudiante, Jáuregui participó en el movimiento asociativo católico. Fue propagandista de la sección juvenil de Acción Católica a finales de los años veinte, cuando José Antonio Aguirre presidía la organización de Bizkaia. De ahí dio el salto al sindicalismo católico, representado en el ámbito nacionalista vasco por Solidaridad de Obreros Vascos (SOV), y se especializó como jurista en temas laborales al servicio del sindicato. Durante la República destacó como propagandista de SOV y dirigió la página social

del diario nacionalista *Euzkadi*, desde la que difundió la doctrina social católica. Formó parte de la dirección de la Agrupación Vasca de Acción Social Cristiana (AVASC), organización creada en 1932, que pretendía extender los planteamientos socialcristianos entre los trabajadores vascos. La iniciativa más destacada de AVASC fue la creación, en 1933, de la Universidad Social Obrera Vasca (USOV), centro permanente de formación de dirigentes obreros de acuerdo a la doctrina social cristiana, donde Jáuregui figuraba en el cuadro de profesores.<sup>14</sup> Julio Jáuregui pasó, pues, del apostolado de Acción Católica al sindicalismo *solidario*, y de ahí al PNV, como él mismo declaró años después: «fui propagandista de Acción Católica y, después, de Solidaridad de Trabajadores Vascos; más tarde ingresé en el PNV».<sup>15</sup> La razón que llevó al PNV a incluirlo entre sus candidatos a las elecciones generales de febrero de 1936 fue su protagonismo en SOV, ya que los peneuvistas solían incorporar a los principales líderes *solidarios* en sus listas electorales. En el caso de Jáuregui el nacionalismo fue, por tanto, el punto de llegada de un católico social-cristiano, educado en una familia de clase media, que emigró a Bizkaia a inicios del siglo XX. Quizás esa «experiencia de nación»<sup>16</sup> contribuyó a forjar en él un nacionalismo pragmático y moderado, alejado de visiones melancólicas, esencialistas y ruralistas, tan frecuentes en el nacionalismo vasco de la primera mitad del siglo XX.

Durante la Guerra Civil, Julio Jáuregui puso en práctica una concepción posibilista de la política. A través del diálogo y la negociación, aspiraba a conseguir objetivos concretos y tangibles, aunque fueran limitados. Como es sabido, la sublevación militar del 18 de julio de 1936 obligó a los nacionalistas a elegir entre la República o los militares rebeldes. Se decantaron, con escaso entusiasmo, por el bando republicano, con la esperanza de conseguir el Estatuto de autonomía, como efectivamente ocurrió en octubre

de 1936. Se constituyó entonces el Gobierno vasco, un ejecutivo de concentración presidido por el líder nacionalista José Antonio Aguirre, en el que Jáuregui participó como asesor del *lehendakari*, primero, y como secretario general de la Presidencia, después. Desde la creación del Gobierno vasco, el PNV, que hasta entonces había tenido un comportamiento escasamente beligerante, mostró una firme actitud combativa contra el ejército franquista. También elaboró una cultura de guerra singular, y difundió su propio relato del conflicto, según el cual los vascos se encontraban ante una guerra impuesta desde el exterior, no deseada por el pueblo vasco, al que no le quedó otro remedio que defenderse de la agresión externa y combatir con sus *gudaris* por la libertad de Euskadi.<sup>17</sup> El nacionalismo vasco transformó así, en el plano discursivo, la Guerra Civil en guerra patriótica vasca.

Al margen de ese discurso que mistificaba la Guerra Civil en Euskadi, la actividad de Julio Jáuregui se centró, sobre todo, en humanizar la guerra y en tratar de negociar con el bando franquista una paz separada de la República en territorio vasco. En diciembre de 1936 negoció un ambicioso acuerdo para canjear unos 2.000 prisioneros de ambos bandos en los territorios de Bizkaia, Gipuzkoa, Álava y Navarra, que finalmente no se pudo llevar a cabo, debido a que el bando franquista no lo ratificó.<sup>18</sup> Al mes siguiente, más de 200 de esos presos, que podían haber sido canjeados, murieron en el asalto a las cárceles de Bilbao, ocurrido el 4 de enero de 1937. La masacre supuso un auténtico fracaso en la gestión del Gobierno Vasco, responsable de mantener la seguridad de los presos. El ejecutivo autónomo condenó la matanza y trató de depurar responsabilidades. Para ello nombró a Julio Jáuregui juez especial del caso, y este dictó, a mediados de marzo, un auto de procesamiento contra 61 personas.<sup>19</sup> El político bilbaíno también trató de impulsar algún tipo de acuerdo de paz o rendición del Go-

bierno vasco con el bando franquista. Tras los primeros meses de la guerra y, sobre todo, tras el fracaso de la ofensiva sobre Villarreal en diciembre de 1936, un sector de los nacionalistas consideraba inútil la resistencia contra el ejército de Franco y proponía llegar a algún acuerdo con los sublevados, al margen de la República. Según informes confidenciales de origen diverso —diplomáticos italianos, autoridades eclesiásticas, militares republicanos—,<sup>20</sup> Jáuregui era el principal representante de esa corriente de opinión en el seno del PNV. En marzo participó en unas negociaciones secretas, como representante oficioso del *lehendakari* Aguirre, en las que se trató de una rendición vasca a cambio de algunas concesiones que Franco parecía dispuesto a ofrecer. Según informaba el cónsul italiano en San Sebastián, Francesco Cavalletti, Jáuregui se empeñó en esas negociaciones y trató, sin éxito entonces, de convencer a Aguirre de la conveniencia de la rendición. Unos meses después, cuando la caída de Bilbao era inminente, los dirigentes nacionalistas ensayaron una solución similar, buscando ahora la mediación del ejército italiano. Fue el fallido Pacto de Santoña, en cuya preparación también tuvo Jáuregui alguna pequeña intervención. Como dijo mucho tiempo después el sacerdote nacionalista Alberto Onaindía, durante la Guerra Civil Julio Jáuregui buscó el diálogo con los adversarios franquistas, algo que, a su juicio, «no todos supieron apreciar, ni ponderar».<sup>21</sup>

Durante el franquismo, el nacionalismo vasco dio continuidad al relato patriótico de la Guerra Civil. Elaboró una memoria que mitificaba la experiencia bélica y la presentaba como un episodio más de la supuesta lucha secular de los vascos por su libertad, en sintonía con la visión de la historia vasca de Sabino Arana. Se evocaba el sacrificio por la patria, encarnado en el *gudari*, y se recordaba la guerra como un combate heroico por Euskadi.<sup>22</sup> Sin embargo, Julio Jáuregui no participó de esa visión mis-

tificadora. Sabía que la guerra del 36 no había sido un combate por la independencia vasca, como pretendía el nacionalismo radical, sino un conflicto civil que también escindió a la sociedad vasca en dos bandos que se enfrentaron violentamente. De la misma forma que durante la guerra se singularizó por su afán por negociar la paz con el bando franquista, una vez acabado el conflicto se distinguió por su actitud favorable a una reconciliación que superara lo que para él había sido una trágica contienda civil. Siempre recordó la guerra con tristeza. A quienes conmemoraban con orgullo a los caídos durante la guerra, les recomendaba que aludieran al conflicto como «deplorable guerra civil» y «lamentable contienda», recordando las palabras del papa Juan XXIII publicadas en 1961 en la revista *Ecclesia*.<sup>23</sup> Rechazó el proyecto, planteado por destacados dirigentes *jeltzales* como Manuel Irujo, de crear una agrupación de antiguos *gudaris* y sus hijos. Pensaba que para hacer política ya estaban los partidos políticos y que una asociación de esta naturaleza solo contribuiría a dividir a la sociedad vasca. En lugar de alimentar el recuerdo de la Guerra Civil, prefería «echar al olvido»<sup>24</sup> aquel pasado traumático para tratar de tejer la reconciliación de la sociedad vasca y española. En 1943, en el exilio mejicano, cuando se presagiaba el final del régimen franquista, Jáuregui pronunció un discurso con motivo del aniversario del fusilamiento de Lluís Companys, en el que descartaba «el odio y la venganza», al tiempo que rogaba «por todos los que perecieron en aquella catástrofe». En aquella época hacía suyas las famosas palabras de «paz, piedad y perdón», pronunciadas de Manuel Azaña en 1938, y recordaba la oferta de Negrín de una «amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la inmensa labor de reconocimiento y engrandecimiento de España». En 1944, cuando creía inminente la caída de Franco, pensaba que el principal problema de la sociedad vasca era recuperar la convivencia y superar el odio de la Guerra Civil.<sup>25</sup>

La posición política de Julio Jáuregui durante el franquismo se caracterizó por su defensa de la legalidad y de las instituciones de la Segunda República.<sup>26</sup> Al finalizar la Segunda Guerra Mundial urgía un acuerdo entre todas las fuerzas antifranquistas, incluidos los nacionalistas vascos, para ofrecer a los aliados una alternativa unitaria y legítima al régimen de Franco. Para ello había que reconstruir las instituciones republicanas, proceso en el que los nacionalistas vascos colaboraron activamente. El resultado fue la constitución de un nuevo Gobierno en el exilio, presidido por José Giral, cuyo principal objetivo era obtener el reconocimiento de las potencias aliadas. Julio Jáuregui, junto a Telesforo Monzón, negoció la entrada del nacionalista Manuel Irujo en el ejecutivo de Giral como ministro de Navegación, Industria y Comercio, a cambio de algunas concesiones, como la aprobación de la autonomía gallega, la posibilidad de la incorporación de Navarra a la autonomía vasca y el compromiso gubernamental con las aspiraciones autonómicas. Como Irujo estaba ausente, fue Jáuregui quien actuó como su representante en los Consejos del Gobierno de la República, ya que fue nombrado subsecretario del ministerio de Industria.<sup>27</sup> Desde entonces hasta el final del franquismo Julio Jáuregui mantuvo un firme apoyo a las instituciones de la República. En 1946 criticó el plan de Indalecio Prieto que abogaba por un plebiscito sobre la forma de gobierno para atraer a los monárquicos y obtener así apoyo internacional para derrocar a Franco. Consideraba «perniciosa» la actitud del dirigente socialista de «desprestigiar» las instituciones republicanas. A su juicio, solo contribuía a la desunión de las fuerzas del exilio, «sin acelerar ni un minuto la caída del régimen franquista». Jáuregui no creía en un pacto con los monárquicos, a quienes veía más inclinados hacia Franco que hacia la democracia: «Los monárquicos en España, si llegan a alguna inteligencia, será con Franco o con los franquistas».<sup>28</sup> Finalmente el gobierno de Giral

cayó, carente del apoyo del sector prietista del PSOE y del necesario reconocimiento internacional.

Tras la crisis del Gobierno de José Giral en 1947, Julio Jáuregui expresó la posición oficial del PNV, partidario de entrar en el nuevo Gobierno republicano presidido por el socialista Rodolfo Llopi. En un escrito titulado «En torno a la última crisis política», el político bilbaíno resumió la doctrina de su partido sobre la cuestión: aunque el PNV no debía formar parte de «gobiernos españoles», la situación excepcional del franquismo aconsejaba unir los esfuerzos de todos, «vascos, catalanes y españoles». Por eso, el PNV decidió entonces «seguir colaborando y formando parte del Gobierno de la República en su lucha contra el régimen franquista y en defensa de la parte de libertad alcanzada en la autonomía vasca». El escrito de Jáuregui, que mostraba la postura oficial de su partido, condensaba el radicalismo teórico y el pragmatismo político propio del nacionalismo moderado. Si por un lado aceptaba entrar en un gobierno español y reivindicaba la autonomía, por otro proclamaba la «soberanía nacional vasca». Frente al plan Prieto, el PNV, por boca de Jáuregui, consideraba en 1947 que no se debía arriar «la bandera de la República y de la autonomía».<sup>29</sup> Manuel Irujo debía, por tanto, continuar siendo ministro en el Gobierno republicano, presidido ahora por Llopi. Fue la última vez que un nacionalista vasco formó parte de un Gobierno español. La falta de unidad y de reconocimiento internacional condujeron a la crisis de las instituciones republicanas, cuyo Gobierno en el exilio solo tuvo desde 1948 el apoyo de pequeños partidos republicanos. El PNV, aunque formalmente mantuvo su apoyo a la legalidad republicana, aseguró que facilitaría cualquier otra solución capaz de derrocar a Franco y evitó participar en el Gobierno republicano. Pese a ello, Jáuregui continuó defendiendo la participación nacionalista en los su-

cesivos ejecutivos del exilio. En 1962, cuando se constituyó el Gobierno presidido por Claudio Sánchez Albornoz (1962-1971), Jáuregui se mostró partidario de que el PNV estuviera representado en el nuevo ejecutivo, pese a que sabía que la dirección de su partido era «hostil a la entrada en un Gobierno español». El político bilbaíno aun fue más allá en 1971, al formarse el último gabinete republicano. Entonces no solo propuso la participación en el Gobierno, al margen de lo que hicieran nacionalistas catalanes y socialistas. También defendió que fuera un nacionalista vasco, Manuel Irujo, quien lo presidiera, pese a que sabía que la dirección del PNV era contraria a ello.<sup>30</sup>

¿Cuáles eran las razones de Jáuregui para defender durante tanto tiempo y con tanta firmeza la participación nacionalista en el Gobierno de la República en el exilio? A su juicio, el ejecutivo en el exilio debía ser la plataforma unitaria de todas las fuerzas antifranquistas del exilio en el ámbito institucional. Dicho con sus propias palabras, el Gobierno de la República era «garantía de autoridad y unión de fuerzas políticas». No se trataba de imponer una u otra forma de gobierno para el futuro, sino de utilizar esa plataforma institucional, dotada de legitimidad jurídica e histórica, para negociar con las «derechas democráticas liberales», según escribió a Josep Tarradellas en 1971, cuando presagiaba el final del franquismo:

Creo que nada perjudica la constitución de un Gobierno de la República en el exilio formado por republicanos, socialistas, vascos y catalanes. La unión que esas fuerzas representan es interesante, como lo es en el Gobierno Vasco. Esa unión, Institucional de una parte, y a la vez política, si establece rápidamente diálogo, claro y valiente, con la unión de fuerzas de derecha liberales y democráticas que se perfila cada vez con mayor claridad en el interior de España, podría presentar una alternativa importante al continuismo del franquismo.<sup>31</sup>

Hay otra razón que explica la lealtad de Jáuregui hacia las instituciones republicanas: el reconocimiento del autogobierno vasco. El político bilbaíno recordaba que el Estatuto de autonomía había sido un derecho conquistado durante la Segunda República, conculcado ilegalmente por una sublevación militar y que, por lo tanto, debía ser repuesto. Temía que si se aceptaba la vulneración de la legalidad republicana, los nacionalistas vascos tendrían que empezar de nuevo «en la lucha por la autonomía». La República, a diferencia de la Monarquía, había reconocido y aprobado el autogobierno vasco. Por eso Jáuregui defendía el binomio República-autonomía, como le escribió a José Giral en 1948: «Nuestra meta es la autonomía y con ella la República». <sup>32</sup> Todavía en los momentos iniciales de la Transición Jáuregui afirmaba que la ley aprobatoria del Estatuto no había sido derogada y la consideraba «vigente». Incluso imaginaba el día del regreso del lehendakari Leizaola, «con la Gaceta Oficial debajo del brazo [...] anunciando a funcionarios y guardias que es el Presidente del Gobierno Vasco y pidiendo que se le rindan honores y obediencia». <sup>33</sup>

En la tensión dialéctica, propia del nacionalismo moderado, entre independentismo teórico y autonomismo práctico, Jáuregui tendió a subrayar este último elemento. Bien es cierto que a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, cuando expresaba la postura oficial de su partido como secretario del PNV o director de *Alderdi*, defendió, de manera más o menos ambigua, posiciones soberanistas. En 1947 escribió que los objetivos del PNV eran la recuperación de los derechos democráticos, la autonomía arrebatada y, por último, «alcanzar la libertad nacional de Euzkadi en Jel». <sup>34</sup> En 1953 recordó la postura del PNV sobre esta cuestión: «Nosotros somos nacionalistas vascos y en cuanto que deseamos separarnos del Estado español del que Euzkadi forma parte, somos separatistas de ese Estado». <sup>35</sup> Pero al

margen de esas declaraciones y contradicciones, Jáuregui priorizó la reivindicación del autogobierno jurídicamente reconocido e ilegalmente arrebatado. En sus escritos puso en valor el Estatuto de autonomía de 1936, al que consideraba «la última expresión conocida de la voluntad popular vasca». En el tardofranquismo recordó a sus correligionarios desde las páginas de *Alderdi* las amplias competencias de aquel Estatuto y el avance que supuso la formación de «un Estado autónomo en lo político, cultural, económico y social». En sintonía con la doctrina del nacionalismo moderado, dijo que en 1936 «se optó por alcanzar la autonomía política y la unión vasca que las circunstancias hacían posible», pero «sin renunciar por ello a los derechos y aspiraciones nacionales de Euzkadi». <sup>36</sup> Como representante del nacionalismo moderado, Jáuregui defendió con vehemencia y pragmatismo el autogobierno vasco en el marco del Estado constitucional español, sin abandonar en el plano teórico reivindicaciones soberanistas y una concepción instrumental de la autonomía. Esa fue su posición, al menos hasta la Transición, en que tendió hacia un nacionalismo un tanto heterodoxo.

#### Julio Jáuregui ante la Transición a la democracia

Tras la muerte de Franco el Partido Nacionalista Vasco tuvo que definir su estrategia política, actualizar sus principios ideológicos y precisar sus objetivos. Al igual que había hecho en el pasado, el PNV volvió a adoptar posturas de compromiso que permitían diferentes interpretaciones y trataban así de aglutinar las diversas sensibilidades nacionalistas. Pese a la ambigüedad de las fórmulas empleadas (la reivindicación de los derechos históricos forales, la creación un «Estado vasco autónomo», la abstención en el referéndum constitucional, etc.), se produjeron fuertes tensiones internas y resurgieron las diferencias entre radicales y

pragmáticos. En este proceso, el PNV fue variando su posición política. Hasta la primavera de 1977 su actuación se caracterizó por la moderación, por la acción concertada con otras fuerzas de la oposición antifranquista española y por la actitud favorable al diálogo con las élites reformistas procedentes del franquismo.<sup>37</sup> Ese fue el momento en que un nacionalista moderado como Jáuregui adquirió un notable protagonismo político y se convirtió en el negociador que representaba a la oposición democrática vasca.

En la etapa final del franquismo, Julio Jáuregui, residente en Madrid desde 1974 por problemas de salud de su esposa, se había convertido para el PNV en un agudo observador y analista político. Desde la capital informaba al *Euskadi Buru Batzar* y pronosticaba la evolución de la situación política en la crisis terminal del franquismo y en los primeros momentos de la Transición. Confiaba en una evolución democrática del régimen a la muerte de Franco, guiada por la Monarquía instaurada por el dictador, como escribió a la ejecutiva del PNV en agosto de 1974, cuando el entonces príncipe asumió temporalmente la Jefatura del Estado por enfermedad de Franco:

La juventud del futuro jefe de Estado [Juan Carlos de Borbón], su discreción, su desprecio del protocolo y de las camarillas, permiten creer en la posibilidad de que, bajo su jefatura, se puedan restablecer a los ciudadanos los derechos de reunión y de asociación política, libertad de emisión de pensamiento, de palabra y por escrito, libertad de Prensa y de propaganda; y a los pueblos que fueron legalmente autónomos, el ejercicio de cierta autonomía.<sup>38</sup>

En los meses posteriores a la muerte de Franco, Jáuregui siguió confiando en la reforma democrática del régimen, pese a la decepcionante política del Gobierno de Arias Navarro. Creía «en los sinceros deseos» de Areilza, Osorio, Fraga y Arias de «establecer la demo-

cracia en el sentido de que los Ayuntamientos, Diputaciones y Cortes sean elegidos por sufragio universal».<sup>39</sup> La opinión de Jáuregui no era un verso suelto en el PNV. Por esa misma época, Juan Ajuriaguerra también era partidario de conceder cierto margen de maniobra al primer Gobierno de la Monarquía: «para poder dar un juicio sobre el gobierno formado habrá que esperar a ver cómo enfoca su actuación», declaró entonces el máximo dirigente del PNV. Y es que en esos momentos iniciales de la Transición, el PNV mostró una actitud más confiada en la evolución democrática del régimen y en el diálogo con los reformistas procedentes del franquismo que otras fuerzas de la oposición, como el PSOE o el PCE, partidarias entonces de la ruptura democrática.<sup>40</sup>

Tras el cese de Arias Navarro, el nuevo Gobierno de Adolfo Suárez inició con mayor decisión y rapidez un auténtico proceso de cambio político que, a diferencia del anterior, iba a ser dialogado con las fuerzas de la oposición. Las organizaciones antifranquistas agrupadas en la llamada Plataforma de Organismos Democráticos aceptaron negociar con Suárez, reforzado por los resultados del referéndum sobre la Ley de Reforma Política del 15 de diciembre. Constituyeron la «Comisión de los Nueve», integrada por representantes de la oposición moderada (el democristiano Cañellas, el liberal Satrústegui o el socialdemócrata Fernández Ordóñez), por los principales líderes socialismo español (Felipe González y Tierno Galván), por el comunista Santiago Carrillo, y por sendos representantes de la oposición democrática de Cataluña (Jordi Pujol), Galicia (Paz Andrade) y País Vasco (Julio Jáuregui). Aunque los tres comisionados de las llamadas nacionalidades históricas eran nacionalistas, representaban también a varias organizaciones antifranquistas de sus respectivos territorios. En el caso de Euskadi, el 6 de diciembre de 1976 Julio Jáuregui fue nombrado miembro de la co-

misión, a propuesta de su partido, el PNV, con el respaldo de ANV, el Partido Comunista de Euskadi, los socialistas vascos del PSOE y PSP, y la Democracia Cristiana Vasca, mientras los grupos de extrema izquierda y del nacionalismo radical rechazaron la vía negociadora con el Gobierno. Durante los primeros meses de 1977 la labor negociadora de Jáuregui se centró, sobre todo, en la consecución de la amnistía y en la gestión de indultos y excarcelaciones ante el Ministerio y los tribunales de Justicia. También quiso plantear al presidente del Gobierno reivindicaciones en materia de autogobierno, como el restablecimiento del Concierato Económico y del Estatuto de autonomía de 1936, pero los dirigentes de su partido le aconsejaron no hacerlo y esperar hasta después de las elecciones.<sup>41</sup> En esa época las frecuentes declaraciones de Jáuregui en los medios de comunicación reflejaban su optimismo y confianza en el proceso de Transición, convencido de que «la negociación con el Gobierno dentro del conjunto de las fuerzas políticas del Estado español» era la manera de solucionar la cuestión vasca. Según decía el *lehendakari* Leizaola, esa política del PNV, que buscaba el acuerdo y facilitaba el proceso de Transición, estaba dirigida principalmente por el propio Jáuregui y por Juan Ajuriaguerra.<sup>42</sup>

Sin embargo, desde la primavera de 1977 el PNV evolucionó hacia posturas más críticas con el proceso de Transición. Probablemente, el intento de contentar a la vez a posibilistas y a ortodoxos, en un contexto social marcado por la extraordinaria intensidad de la movilización política en las calles del País Vasco, junto a la competencia del discurso del nacionalismo radical de ETA, influyeron en el cambio del PNV durante la legislatura constituyente. Las demandas de autogobierno se expresaron ahora en términos menos moderados. Se despreció entonces el objetivo que había defendido Jáuregui de restaurar el Estatuto de autonomía

de 1936. En su lugar, se planteó la reivindicación neoforalista de «recuperación del poder político originario» y se propuso la creación de un «Estado vasco autónomo».<sup>43</sup> La relación del PNV con otras fuerzas políticas de carácter estatal tendió a distanciarse, pasando de la colaboración con los socialistas en el Gobierno vasco en el exilio o en la coalición electoral Frente Autonómico de junio de 1977, a la no participación en el consenso constitucional en 1978.<sup>44</sup> La primera consecuencia de ese cambio se produjo en abril de 1977, cuando el PNV decidió abandonar la comisión negociadora con Suárez, denunciando la lentitud del Gobierno a la hora de conceder la amnistía y considerando «agotada la vía del diálogo».<sup>45</sup> Jáuregui dejó de ser el negociador vasco en la Comisión de los Nueve, dado que había sido propuesto por el PNV. Su protagonismo político declinó. Su nombre no fue incluido en las candidaturas peneuvistas a las elecciones de 1977, pese a que el *lehendakari* Leizaola consideró su exclusión como una injusticia y un error.<sup>46</sup> Durante la legislatura constituyente Julio Jáuregui desapareció de la escena política. Según declaró, lo hizo por voluntad propia, pero lo cierto es que en la Asamblea Nacional de Pamplona había mostrado públicamente sus discrepancias con la ponencia socio-económica que consideraba izquierdista, sus palabras eran escuchadas con recelo entre los *jeltzales* y recibió fuertes críticas.<sup>47</sup> Pese a ello, él valoró muy positivamente la política conciliadora que había desarrollado en los primeros momentos de la Transición, negociando con la elite reformista procedente del franquismo: «aquello fue una gran acción política porque creó un clima de convivencia, respeto y limpieza admirable».<sup>48</sup>

Sin embargo, en 1979 el PNV decidió recuperar a Julio Jáuregui. En las elecciones generales de marzo de aquel año le presentó como candidato al Senado por Bizkaia y resultó elegido. Hasta su repentina muerte en 1981 desempe-

ñó el cargo de senador y continuó siendo una figura importante en el PNV, sobre todo, por su carácter simbólico, como emblema de la vieja generación nacionalista del 36. Probablemente esa fue la razón que llevó al PNV a recuperar su figura política en un momento en que se estaba debatiendo el Estatuto de Gernika, rechazado por Herri Batasuna. Aquel debate se jugó también en el ámbito de la memoria de la Guerra Civil, en el que pugnaron el nacionalismo vasco moderado y el radical. Según el relato del PNV, el Estatuto de Gernika recogía, por fin, los anhelos de tantos *gudaris* que habían dado su vida por el autogobierno vasco en la Guerra Civil. Ahí estaba como ejemplo la figura de Julio Jáuregui, presentado por la prensa nacionalista como miembro de «una de las generaciones más brillantes de políticos que jamás haya tenido Euzkadi», la generación que tras conseguir el primer Estatuto vasco, luchó en la guerra y después padeció el exilio. Interpretando ese relato, el propio Jáuregui declaró que con el Estatuto de Gernika se conseguían «las aspiraciones por las que hemos luchado tanto los vascos, primero en la guerra y después muchos desde el exilio». <sup>49</sup> A través de figuras históricas del nacionalismo vasco, como Julio Jáuregui o Joseba Elosegui, <sup>50</sup> el PNV trataba de neutralizar el discurso de Telesforo Monzón, histórico dirigente *jeltzale* y líder carismático de Herri Batasuna en la Transición, quien proclamaba que los *gudaris* de la Guerra Civil habían empuñado las armas y derramado su sangre, no por la autonomía, sino por la soberanía de Euzkadi, como seguían haciendo en la Transición sus auténticos continuadores, los militantes de ETA, según el relato del nacionalismo vasco radical. <sup>51</sup>

A lo largo de esos años de intensa actividad política durante la Transición, Julio Jáuregui defendió un nacionalismo moderado, no coincidente a veces con las posturas dominantes en el PNV, y expresó opiniones un tanto heterodoxas para el *abertzalismo jeltzale*. Sus

planteamientos políticos se singularizaron en varios temas. En primer lugar, su actitud de pleno apoyo a la reforma política dirigida por el Gobierno de Suárez y su entusiasta adhesión al espíritu de «reconciliación nacional» que animó el proceso de Transición a la democracia. Como es sabido, ese discurso de reconciliación nacional se basaba en la idea de culpabilidad colectiva por los horrores de la Guerra Civil y en el afán por evitar su repetición. Según ese relato, no había que remover el pasado, ni utilizarlo como arma política, sino que convenía «echarlo al olvido» y renunciar a pedir responsabilidades por los crímenes de la Guerra Civil y del franquismo. Ese discurso, hegemónico en la España de la Transición, <sup>52</sup> no arraigó con esa intensidad en la sociedad vasca, ya que el nacionalismo difundió una memoria diferente de la Guerra Civil. De acuerdo con la propia cultura bélica construida durante el conflicto, el nacionalismo vasco lo recordaba más como una guerra patriótica por Euzkadi, que como un conflicto fratricida. <sup>53</sup> Sin embargo, no fue esa la experiencia bélica de Julio Jáuregui. Como hemos visto, él vivió la guerra como un conflicto de la propia sociedad vasca en el que medió para liberar a presos derechistas —algunos de ellos eran amigos suyos, como el carlista Esteban Bilbao, cuyo canje negoció— <sup>54</sup> y para lograr una paz acordada entre el Gobierno vasco y el bando franquista. A partir de esa experiencia, elaboró un relato que recordaba el conflicto bélico, no como un combate heroico por la libertad vasca, sino como una deplorable guerra civil. Por eso, desde la posguerra propuso una transición política basada en la reconciliación nacional. Cuando se acercó el final del franquismo y el proceso de reforma política dio sus primeros pasos, el político bilbaíno se identificó plenamente con el espíritu de la Transición, defendiendo el diálogo y la negociación con la élite política procedente de la dictadura, rechazando el radicalismo y el recurso a la violencia,

teniendo muy presente el pasado traumático, con el fin de evitar su repetición. Según declaró al poco de ser elegido senador en 1979, su principal objetivo era evitar un nuevo conflicto: «lo único que quiero es contribuir a hacer imposible otra guerra civil y a que haya paz entre todos los pueblos del Estado».<sup>55</sup>

La amnistía, entendida como una derivada de ese espíritu de reconciliación nacional,<sup>56</sup> fue una de las obsesiones de Jáuregui en su etapa como negociador de la Comisión de los Nueve, que le encargó esa materia, dado que la gran mayoría de los presos por delitos de intencionalidad política eran vascos. Ya a principios de los años cuarenta, cuando preveía un próximo final del franquismo, Jáuregui se había pronunciado a favor de una amplia amnistía. Ahora, como representante de la oposición antifranquista, reclamó a Suárez una amnistía total, concebida como el acto que debía clausurar definitivamente la división entre vencedores y vencidos de la Guerra Civil, e inaugurar un tiempo nuevo de paz y concordia. Dicho con sus propias palabras, la amnistía debía ser «un gran acto solemne que perdonara y olvidara todos los crímenes y barbaridades cometidas por los dos bandos de la guerra civil, antes de ella, en ella y después de ella, hasta nuestros días». Debía ser una amnistía de todos para todos, que perdonara «a los que mataron al presidente Companys, y al presidente Carro; a García Lorca y a Muñoz Seca; al ministro de la Gobernación Salazar-Alonso y al ministro de la Gobernación Zugazagoitia; a las víctimas de Paracuellos y a los muertos de Badajoz; al general Fanjul y al general Pita, a todos los que cometieron crímenes y barbaridades en ambos bandos».<sup>57</sup> Jáuregui reproducía así el relato de culpabilidad colectiva de los crímenes de la Guerra Civil y la idea de que convenía «echar al olvido» los horrores del pasado, sin distinciones, para construir una convivencia pacífica.

Como es sabido, el primer Gobierno de Suárez no accedió a la amnistía total, solicitada por la oposición democrática por medio de Jáuregui. En su lugar, aprobó en julio de 1976 una amnistía parcial, que excluía los delitos que hubieran puesto en peligro la vida de las personas, y que fue ampliada en marzo de 1977. Como el propio Jáuregui dejó escrito, esas medidas redujeron el problema en su volumen, pero no lo solucionaron. En las calles, sobre todo del País Vasco, continuaron las movilizaciones por la amnistía, reprimidas violentamente por la policía, causando varios muertos. Los partidos *abertzales*, incluido el PNV, amenazaron con no participar en las elecciones si no se aprobaba la amnistía, aunque finalmente la mayoría de ellos se presentaron a los comicios, debido a las medidas de excarcelación mediante extrañamiento de destacados activistas de ETA aprobadas por el Gobierno en los meses de mayo y junio. Para entonces el nacionalismo radical llevaba algún tiempo difundiendo su propio discurso sobre la amnistía, entendida no como acto de reconciliación, sino como conquista del pueblo vasco en lucha contra el Estado español, obligado a excarcelar a los héroes que habían combatido por la libertad vasca. Uno de sus lemas preferidos —«Ez, ez, ez, amnistia ez da negoziatzten»<sup>58</sup> («No, no, no, la amnistía no se negocia»)— parecía dirigido contra la labor de Jáuregui, ocupado en los primeros meses de 1977 en gestionar con el Ministerio y tribunales de Justicia la excarcelación de presos vascos. Finalmente, en octubre de 1977, la amnistía total, entendida como la fórmula jurídica de la reconciliación, fue la primera gran decisión del Congreso de los Diputados elegido por sufragio universal el 15 de junio. Aunque permitió la excarcelación de los últimos etarras que quedaban en prisión, no sirvió para mitigar la violencia de ETA, que en los años siguientes se intensificó extraordinariamente, como con enorme frustración declaró Jáuregui en 1979: «Tenía ilusión de que

con aquella amnistía ETA hubiera terminado la guerra y ha sido un desengaño para mí y una gran tristeza comprobar que a pesar de aquella amnistía ETA ha seguido matando, incluso con más intensidad y más violencia». <sup>59</sup>

También en materia de autogobierno las posiciones de Julio Jáuregui se singularizaron con respecto a las que dominaron en el PNV. Como hemos visto, en los momentos iniciales de la Transición el político bilbaíno defendió la restauración del Estatuto de autonomía de 1936. Entendía que ese autogobierno representaba la legítima legalidad y la voluntad de los vascos, expresada por última vez en la Segunda República. Era un derecho ilegalmente conculcado que debía ser inmediatamente restablecido, sin esperar a la elaboración de una nueva Constitución y un nuevo Estatuto, como declaró al poco de ser nombrado representante de la oposición democrática vasca en la Comisión de los Nueve: «La mayoría de las fuerzas vascas aspiran a que se restituya al pueblo vasco el gobierno autónomo que teníamos con arreglo al Estatuto de autonomía y que nos fue despojado por la fuerza de las armas franquistas». <sup>60</sup> Solo dos meses después de esas declaraciones, a finales de marzo de 1977, la Asamblea Nacional del PNV despreció aquel Estatuto que ahora consideraba «mediatizado y capitis-disminuido [sic] tanto en su expresión territorial por la exclusión de Navarra, como en lo que respecta a las facultades del ente autónomo». <sup>61</sup>

En la Transición, los *jeltzales* volvieron a enfrentarse a la disyuntiva entre autonomía o independencia, y recurrieron de nuevo a fórmulas de compromiso para tratar de aunar a ortodoxos y pragmáticos. La posición de Julio Jáuregui fue claramente contraria a reclamar la independencia. Según decía, el programa de su partido defendía la consecución de «una amplia autonomía dentro de la unidad del Estado». <sup>62</sup> A su juicio, carecía de sentido reivindicar la independencia en una Europa cada vez más inter-

dependiente. Pero es que, además, la independencia era un objetivo inalcanzable, y Jáuregui era, ante todo, un político pragmático que planteaba metas realistas: «Yo soy partidario de lo que sea posible, lo que sea real, lo que se pueda ganar sin lanzar al pueblo a una aventura y a un baño de sangre seguido de una derrota», declaró en 1977. <sup>63</sup> En 1979, cuando se estaba negociando la autonomía vasca, el parlamentario del PNV Marcos Vizcaya amenazó al Gobierno con exigir la independencia, si se recortaba el proyecto de Estatuto presentado por la Asamblea de Parlamentarios Vascos. Jáuregui reaccionó ante esas declaraciones y envió una queja a la dirección de su partido que refleja claramente su pragmatismo autonomista, contrario a reivindicar la independencia en aquel momento histórico:

Decir hoy que, si no nos reconocen la autonomía que pedimos, pediremos la independencia, es un acto que nos malquista con la opinión pública y no hace adelantar nuestra causa. Si no nos reconocen la autonomía, menos nos reconocerán la independencia, y si esto se dice en serio, la consecuencia es que si se pretende realizar por la fuerza tal aspiración de independencia, lo único que haremos es dar armas a ETA, *Herri Batasuna*, comprometer a nuestro Partido y llevar a nuestro pueblo a un baño de sangre. <sup>64</sup>

Jáuregui defendía un amplio autogobierno para el País Vasco en el marco de un Estado federal. En febrero de 1977 declaró que el PNV iba a propugnar en el debate constituyente un modelo federal que tendría la ventaja de que la autonomía vasca estaría así respaldada por los demás estados federados. Por esa misma época, previa a las elecciones del 15 de junio, el máximo dirigente *jeltzale* Juan Ajuriaguerra dejó escrito que el PNV era partidario de una estructura federal del Estado español. <sup>65</sup> Como es sabido, la Constitución de 1978 no consideró el modelo federal. En su lugar, estableció el Estado de las autonomías, en el que el PNV

insertó su reivindicación de los derechos históricos de los territorios forales. Pese a ello, Jáuregui continuó insistiendo en las bondades del Estado federal frente al complejo modelo autonómico, cuyas dificultades ya vislumbraba recién aprobada la Constitución:

La Constitución española podía haber adoptado esta fórmula federal clara y precisa, y haber empezado a funcionar seguidamente, en lugar de la fórmula del Estado autonómico, con esa carrera a los Estatutos de autonomía, con su tramitación, sus referendos, sus transferencias, su diversidad de contenido y su diversidad financiera, todo lo cual va a constituir serias dificultades para su puesta en marcha y su desarrollo; y una lucha y forcejeo permanente con los servicios de la Administración central.<sup>66</sup>

Pese a que la Constitución no estableció el modelo federal, Jáuregui prefirió subrayar los elementos positivos que, a su juicio, contenía la nueva *carta magna*, como el artículo 150.2, que permitía la transferencia de competencias estatales a las comunidades autónomas, el reconocimiento de las nacionalidades o el tratamiento dado a la cuestión navarra, que posibilitaba la incorporación del Viejo Reino a Euskadi en el caso de que las instituciones y la mayoría de los ciudadanos navarros así lo decidieran. Parece que los veteranos dirigentes *jeltzales*, como Jáuregui, Irujo o Leizaola, eran proclives a votar sí a la Constitución, pero la postura oficial del PNV fue proponer la abstención en el referéndum constitucional.<sup>67</sup>

Otro de los temas en los que Julio Jáuregui expresó su opinión con claridad fue el de la violencia de ETA. Desde el nacimiento de esta organización en 1959 hubo sectores en el PNV que abogaron por tender puentes y tejer una estrategia concertada con la nueva organización nacionalista. Era la estrategia del denominado frente *abertzale*, que aspiraba a sustituir a la política peneuvista de «unidad vasca», representada por el Gobierno vasco en el exilio, que

agrupaba a fuerzas políticas vascas antifranquistas, ya fueran nacionalistas o no. El propio Jáuregui trató, sin éxito, de mediar en 1963 entre la dirección del PNV y ETA para establecer un diálogo entre ambas organizaciones.<sup>68</sup> Sin embargo, en la medida en que ETA fue evolucionando hacia posiciones revolucionarias de carácter marxista y empezó a cometer atentados mortales, Jáuregui se distanció de esos planteamientos. No compartía el relato que presentaba a la comunidad nacionalista como una gran familia y al joven etarra como una suerte de hijo pródigo que, a pesar de sus errores y discrepancias, luchaba por la libertad de la patria. Desde el tardofranquismo se mostró contrario a la violencia y partidario de subrayar las enormes diferencias que había entre el PNV y ETA. A su juicio, *etarras* y *jeltzales* no eran miembros de la misma comunidad nacionalista que compartía la meta de liberar a Euskadi frente a España. Por el contrario, representaban proyectos políticos diametralmente opuestos: democracia frente a totalitarismo. Según dejó escrito, había una distancia insalvable «entre la doctrina social-cristiana, la doctrina de la democracia y de la libertad vascas, que defiende el Partido Nacionalista Vasco y la doctrina antidemocrática y totalitaria y negatoria de toda libertad que defiende el marxismo-leninismo» de ETA. Y esas discrepancias en lo fundamental no debían ocultarse bajo un frente común nacionalista. Había que marcar claramente diferencias con ETA.<sup>69</sup>

En la Transición se volvió a plantear la cuestión del frente *abertzale*. El histórico dirigente nacionalista Telesforo Monzón organizó la llamada Cumbre de Txiberta en abril y mayo de 1977 con el objetivo de que todas las organizaciones nacionalistas acordaran una estrategia común ante el proceso de Transición.<sup>70</sup> En la misma época en que representantes peneuvistas debatían en Txiberta con ETA y otras organizaciones nacionalistas, Julio Jáuregui encarnaba la «unidad vasca», el reverso del frente

*abertzale* de Monzón, ya que representaba en la Comisión de los Nueve a las fuerzas democráticas vascas de la oposición, ya fueran nacionalistas o no. Y es que el político bilbaíno rechazaba la división de la sociedad vasca entre *abertzales* y «españolistas», según declaró en 1977: «Nosotros lo que pretendemos, sobre todo, es la unidad de todos los vascos. De todas las fuerzas vascas, sin excepciones. Nosotros no podemos aceptar divisiones bajo etiquetas de sucursalistas o españolistas». <sup>71</sup> En lugar de la división entre *abertzales* y «sucursalistas», Jáuregui subrayaba la diferencia entre demócratas y totalitarios. Entre estos últimos situaba a ETA que, a su juicio, procedía más del marxismo-leninismo revolucionario que del nacionalismo vasco: «que no se vaya diciendo que [los militantes de ETA] son hijos del nacionalismo vasco, porque son más hijos del socialismo marxista-leninista que del nacionalismo vasco». <sup>72</sup> Así que la voz de Jáuregui se manifestó con claridad contra la violencia de ETA, cuando todavía su condena generaba tensiones internas en el PNV. <sup>73</sup> Sus críticas a ETA fueron tempranas, desde los inicios de la Transición, y contundentes. Ya en enero de 1977 denunció la inutilidad política de la violencia etarra y sus dolorosas consecuencias humanas. Creía entonces que era el momento, al iniciarse el proceso de reforma política, de que ETA abandonara las armas y se incorporara a la acción política. <sup>74</sup> Pero ETA, por el contrario, incrementó extraordinariamente la actividad terrorista en los llamados *años de plomo*. <sup>75</sup> Frente al discurso de su partido de que las medidas políticas y la concesión de un amplio autogobierno acabarían con ETA, Jáuregui se mostró escéptico. Creía que ETA buscaba la destrucción del régimen democrático y que continuaría sembrando dolor y muerte para tratar de imponer un régimen comunista: «Esta ideología comunista de origen maoísta hace difícil prever que estos hombres [de ETA], por ahora,

vayan a suspender la guerra. Ni la autonomía, ni un buen Estatuto vasco les van a parar en su objetivo de implantar un régimen comunista», declaró en 1979. <sup>76</sup>

Conclusiones: del nacionalismo moderado a la heterodoxia *abertzale*

Julio Jáuregui fue uno de los políticos nacionalistas más relevantes del siglo XX. Su influencia política se mantuvo desde la Segunda República hasta la Transición. Hizo suyos algunos de los principios básicos del pensamiento nacionalista. Concebía España como un Estado plurinacional, en el que Euskadi era un pueblo singular que debía tener derecho a decidir por sí mismo su propio futuro. Preguntado por su identidad nacional, se definía «de nacionalidad vasca», aunque «ciudadano del Estado español». Asumía el relato victimista de la historia contemporánea vasca, elaborado por el nacionalismo, según el cual el Estado español arrebató injustamente sus derechos al pueblo vasco, desde la abolición foral en 1839 y 1876, hasta la supresión de los Concierdos económicos y el Estatuto de autonomía en 1937. <sup>77</sup>

Dentro de las diversas tendencias que desde su origen convivieron en el PNV, Jáuregui representó un nacionalismo moderado, estrechamente relacionado con su concepción pragmática de la política, actividad que definía como «el arte de las realidades». <sup>78</sup> Empleando su capacidad para la negociación, durante toda su trayectoria, desde la Guerra Civil hasta la Transición, intentó obtener logros concretos. Participó en las negociaciones del Estatuto del 36, durante la Guerra Civil trató con los sublevados sobre la rendición del Gobierno Vasco y el canje de presos, concertó con Giral la entrada de los nacionalistas en el Gobierno republicano del exilio, dialogó con las derechas vascas y con los monárquicos españoles durante el franquismo y en la Transición negoció la amnistía con Suárez. Prefirió plantear objetivos

posibles en lugar de metas inalcanzables que, a su juicio, conducían al radicalismo, a la violencia y a la frustración de la sociedad.

Durante la Transición, su discurso adquirió cierto tono heterodoxo respecto al mensaje dominante en el nacionalismo *jeltzale*. Asumió plenamente el discurso de la reconciliación nacional, hegemónico en la sociedad española, según el cual había que olvidar y perdonar los crímenes del pasado, culpa de todos, para evitar un nuevo conflicto civil. No participó, pues, de la mitificación nacionalista de la Guerra Civil que relataba el conflicto como una lucha de Euskadi contra la España franquista. Su recuerdo de la guerra, vinculado a su propia experiencia, era el de un lamentable conflicto civil, que debía ser definitivamente superado por la reconciliación nacional y el perdón de todos para todos, que es como Jáuregui concebía la amnistía. Ese relato le llevó a elogiar el proceso de Transición y de forma muy especial al Rey, a quien consideraba «el motor» del cambio político en España, de acuerdo a la interpretación elitista de la Transición, que minusvalora el papel de la presión social ejercida desde abajo. Resulta paradójico que uno de los nacionalistas que más firmemente defendió la participación en las instituciones republicanas del exilio durante el franquismo, se convirtiera en la Transición en el *abertzale* más *juancarlista*. La razón de esa evolución se encuentra en la estrecha vinculación que Jáuregui estableció entre autogobierno vasco y democracia española. De la misma forma que en el franquismo apoyó insistentemente la legalidad y las instituciones republicanas porque estas reconocían el derecho a la autonomía vasca, en la Transición fue un entusiasta partidario de la Monarquía parlamentaria de Juan Carlos I porque esta aceptó el autogobierno de Euskadi:

Yo voté el Estatuto con la República, siendo Presidente de la República don Manuel Azaña. Voy a

votar hoy el Estatuto con la Monarquía parlamentaria, al frente de ella Su Majestad el Rey Don Juan Carlos I. Yo creo que interpreto al pueblo vasco cuando rindo este homenaje a Su Majestad el Rey, que ha sido el motor de la libertad en nuestros pueblos, el motor de la convivencia pacífica, el motor del progreso democrático y, además, el motor de las Autonomías.<sup>79</sup>

Esa identificación entre Estado democrático español y autogobierno vasco llevó a Jáuregui en la etapa final de su vida política a desechar el objetivo de la soberanía vasca. Al igual que el fundador del nacionalismo vasco, también el político bilbaíno experimentó una *evolución española*. Se identificó entonces con el último Sabino Arana, el que en 1902 renunció abiertamente a la independencia y propuso crear una «Liga de Vascos Españolistas», cuyo objetivo sería la mayor autonomía posible dentro del Estado español. Así lo expuso en uno de sus últimos discursos ante el pleno del Senado que aprobó el Estatuto de Autonomía de Gernika:

Nosotros tenemos desde la época de Sabino Arana un objetivo político en el que hemos trabajado sin descanso. Sabino Arana señaló en 1902 como objetivo político la autonomía lo más radical posible dentro de la unidad del Estado, adaptada al carácter vasco y a las necesidades modernas. Hace casi ochenta años. Y ahí estamos trabajando y actuando. Vamos a defender una autonomía dentro de la unidad del Estado. Esta es la realidad de nuestra aspiración y todo lo que sea sospechar otra cosa es absurdo.<sup>80</sup>

#### Fuentes

AGA: Archivo General de la Administración.

AHE: Archivo Histórico de Euskadi.

AN: Archivo del Nacionalismo (Fundación Sabino Arana).

Diarios y publicaciones periódicas: *El Correo Español*, *El País*, *Euzkadi*, *Guadiana*, *Punto y Hora de Euskal Herria*, *Diario Vasco*, *Deia*, *Blanco y Negro*, *Goiz Argi*, *La Gaceta del Norte*.

DSS.: Diario de Sesiones del Senado.

Sociedad de Estudios Vascos, Fondo Irujo.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGIRREAZKUENAGA, Joseba et al, *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1876-1939)*, Parlamento Vasco, Vitoria-Gasteiz, 2007.
- AGUILAR, Paloma, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.
- AGUILAR, Paloma, «La Guerra Civil española en el discurso nacionalista vasco. Memorias peculiares, lecciones diferentes», en UGARTE, Javier (ed.), *La transición en el País Vasco y España: historia y memoria*, UPV/EHU, Bilbao, 1998, pp. 121-154.
- ANASAGASTI, Iñaki, *Julio Jáuregui. Parlamentario y Negociador Vasco*, Ediciones Alderdi, Bilbao, 1986.
- ARANA GOIRI, Sabino, *Obras completas*, Sendoa, Donostia, 1980.
- ARCHILÉS, Ferrán, «¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-1929)», en MORENO LUZÓN, J. (ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, CEPC, Madrid, 2007.
- ARRIETA, Leyre: *Estación Europa. La política europeísta del PNV vasco en el exilio (1945-1977)*, Tecnos, Madrid, 2007.
- ARRIETA, Leyre, «Por los derechos del pueblo vasco. El PNV en la transición», *Historia del presente*, n.º 19, 2012, pp. 39-52.
- CORCUERA, Javier, *La patria de los vascos. Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco*, Taurus, Madrid, 2001.
- ELORZA, Antonio, *Un pueblo escogido. Génesis, definición y desarrollo del nacionalismo vasco*, Crítica, Barcelona, 2001.
- FEBO, Giuliana de, *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*, PUV, Valencia, 2012.
- FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, «Ellos y Nosotros. La cumbre de Chiberta y otros intentos de crear un frente abertzale en la Transición», *Historia del Presente*, n.º 13, 2009, pp. 97-114.
- FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, *La voluntad del gudari*, Tecnos, Madrid, 2016.
- GRANJA, José Luis de la: *República y Guerra Civil en Euskadi (Del Pacto de San Sebastián al de Santoña)*, IVAP-HABE, Oñati, 1990.
- GRANJA, José Luis de la, *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Tecnos, Madrid, 1995.
- GRANJA, José Luis de la (2012): «La generación de Aguirre y la renovación del nacionalismo vasco», en MEES, Ludger y NÚÑEZ SEIXAS, Xose M.: *Nacidos para mandar. Liderazgo, política y poder. Perspectivas comparadas*, Tecnos, Madrid.
- GRANJA, José Luis de la, *Ángel o demonio: Sabino Arana. El patriarca del nacionalismo vasco*, Tecnos, Madrid, 2015.
- IRATZAR FUNDAZIOA, 1977. *El año de la amnistía, 40 años después*, Iratzar Fundazioa, Donostia, 2017.
- JULIÁ, Santos, «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición a la democracia», *Claves de la razón práctica*, n.º 129, 2003, pp. 104-125.
- JULIÁ, Santos, *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017.
- LANDA MONTENEGRO, Carmelo, «Bilbao, 4 de enero de 1937: memoria de una matanza en la Euskadi autónoma durante la Guerra Civil española», *Bidebarrieta. Anuario de Humanidades y Ciencias Sociales de Bilbao*, n.º 18, 2007, pp. 79-115.
- MARTÍNEZ RUEDA, Fernando, «Telesforo Monzón, del nacionalismo aranista a Herri Batasuna: las claves de una evolución», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 174, 2016, pp. 267-297.
- MARTÍNEZ RUEDA, Fernando, «La muerte por la patria en el nacionalismo vasco: una indagación desde el sujeto», *Historia Contemporánea*, n.º 56, 2018, pp. 187-220.
- MEER, Fernando de, *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España (1936-1937)*, EUNSA, Pamplona, 1992.
- MEES, Ludger, «El nacionalismo vasco democrático durante la Transición (1974-1981)», en Quiroga-Cheyrouze, Rafael (ed.), *Los partidos en la Transición. Las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013, pp. 323-344.
- MEES, Ludger, «Gerra euskal nazionalisten memorian», en ARROITA, I. y OTAEGI, L. (ed.), *Oroime-naren lekuak eta lekukoak. Gerra Zibilaren erre-presentazio artistikoak vs. kontraera historiko-politikoak*, UPV-EHU, Bilbo, 2015.
- MEES, Ludger, «Nationalism and Democracy. Manuel Irujo Ollo: The leadership of a Heterodox Basque Nationalist», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 93, 10, 2016, pp. 1066-1079.

- NÚÑEZ SEIXAS, Xose M., «Los nacionalistas vascos durante la Guerra Civil (1936-1939): una cultura de guerra diferente», *Historia Contemporánea*, n.º 35, 2007, pp. 559-599.
- OLAZÁBAL, Carlos, *Pactos y traiciones. Los archivos secretos de la Guerra en Euzkadi*, Bilbao, Fundación Popular de Estudios Vascos, 2009.
- OLAZÁBAL, Carlos, *Negociaciones del PNV con Franco durante la Guerra Civil*, Bilbao, Fundación Popular de Estudios Vascos, 2014.
- PABLO, Santiago de: «Manuel Irujo: Un nacionalista vasco en la Transición democrática (1975-1981)», *Vasconia*, n.º 32, 2002, pp. 169-184.
- PABLO, Santiago de, «La guerra civil en el País Vasco: ¿un conflicto diferente?», *Ayer*, n.º 50, 2003, pp. 115-141.
- PABLO, Santiago de; MEES, Ludger; RODRÍGUEZ RANZ, José Antonio, *El péndulo patriótico*, Crítica, Barcelona, 1999-2001 (2 vols.).
- PÉREZ-NIEVAS, Santiago, *Modelo de partido y cambio político. El Partido Nacionalista Vasco en el proceso de transición y consolidación democrática en el País Vasco*, Instituto Juan March, Madrid, 2002.
- PÉREZ, José Antonio y CARNICERO, Carlos, «La radicalización de la violencia política durante la Transición en el País Vasco: los años de plomo», *Historia del Presente*, n.º 12, 2008, 111-128.
- QUIROGA, Alejandro, «La nacionalización en España. Una propuesta teórica», *Ayer*, 90, 2013, pp. 17-38.
- RUBIO, José Antonio, «Memorias dispares. Las miradas de PNV y ETA en torno a la República y la Guerra Civil», en PASAMAR, G. (ed.), *Ha estallado la memoria. Las huellas de la Guerra Civil en la Transición a la Democracia*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2014, pp. 135-156.
- NOTAS
- \* Ayudas recibidas: Este artículo ha sido realizado en el seno del grupo de investigación IT1263-19 del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco y forma parte del proyecto de investigación PGC2018-095712-B-I00 financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.
- <sup>1</sup> Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, 1999-2001.
- <sup>2</sup> Arana Goiri, 1980: 2186.
- <sup>3</sup> Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, 1999-2001. Corcuera, 2001. Elorza, 2001. Granja, 1995 y 2015.
- <sup>4</sup> José Luis de la Granja (1995: 13-21) distingue tres grandes corrientes en la historia del nacionalismo vasco: el radical; el moderado, caracterizado por su ambigüedad derivada de su independentismo teórico y su autonomismo práctico; y el heterodoxo, que defiende un amplio autogobierno vasco en el seno de la democracia española.
- <sup>5</sup> Granja, 2012: 61-77. Junto a Aguirre y Jáuregui, otros miembros significativos de ese grupo fueron Irujo, Ajuriaguerra, Leizaola, Monzón y Landaburu. Un breve perfil biográfico de ellos puede verse en Agirreazkuenaga, et alii (dirs.), 2007.
- <sup>6</sup> AN, EBB 50-1, carta de Julio Jáuregui a José Camiña, 24-8-1943: «a los pocos días de nacer mi hijo en París tuvimos que salir más que corriendo de aquella capital, tardando ocho días en llegar a Capbreton. De allí, al firmarse el armisticio nos dirigimos a Pau, Cauterets y después a Marsella en donde vivimos nueve meses, hasta que las autoridades de Vichy me confinaron en un pueblecito montañoso del Departamento de Ardeche, en donde pasé un año».
- <sup>7</sup> AN, EBB, 117-2, carta de Julio Jáuregui a José Antonio Aguirre, 22-11-1946; EBB 49-17, carta de Julio Jáuregui a Pedro Garate, 23-1-1947.
- <sup>8</sup> Jáuregui fue miembro del Consejo Federal del Movimiento Europeo en 1949 y vocal de la Junta Directiva del Consejo Vasco por la Federación Europea en 1951. Sobre la política europeísta del PNV, vid. Arrieta, 2007.
- <sup>9</sup> AN, DP 86-3, carta de Julio Jáuregui a Víctor de Lili Galdames, 17-1-1961; carta de Julio Jáuregui a Antonio Ruiz de Azua, 6-12-1960.
- <sup>10</sup> La escasa bibliografía dedicada a Julio Jáuregui se reduce a una entrada en el *Diccionario biográfico de parlamentarios de Vasconia* (Agirreazkuenaga et alii, 2007: 1387-1398) y a los datos, escritos y entrevistas recopilados por Iñaki Anasagasti (1986) en el libro de homenaje titulado *Julio Jáuregui. Parlamentario y negociador vasco*.
- <sup>11</sup> Un análisis, desde la perspectiva biográfica, sobre la relación entre nacionalismo vasco y democracia, con grandes similitudes con el caso de Julio Jáuregui aquí estudiado, en Mees, 2016: 1066-1079.
- <sup>12</sup> Su padre fue Eustaquio Jáuregui, natural de Lear-

- za en la ribera navarra, y su madre Isabel Lasanta, nacida en el pueblo riojano de Alcandre. Anasagasti, 1986: 15. J. Jáuregui: «Lo que defendemos», *Euzkadi*, n.º 116, 22 de febrero de 1979, p. 20.
- <sup>13</sup> AGA, Educación y Ciencia, 8546, Sig. Top. 32/29-40.
- <sup>14</sup> Elorza, 2001: 259-299.
- <sup>15</sup> *Berriak*, 19-1-1977 (citado en Anasagasti, 1986: 166).
- <sup>16</sup> Quiroga, 2013. Archilés, 2007.
- <sup>17</sup> Meer, 1992. Pablo, 2003. Núñez Seixas, 2007. Granja, 1990: 232-254.
- <sup>18</sup> Los términos del acuerdo en AHE, Gobierno Vasco, Beyris, leg 302, doc. 41, arch. 23. Olazabal, 2014, pp. 202-206. J. Jáuregui: «La Guerra Civil en Euzkadi antes del Estatuto», *Euzkadi*, n.º 112, 25 de enero de 1979, pp. 30-31.
- <sup>19</sup> Landa, 2007.
- <sup>20</sup> Informe de la Comandancia militar del Bidasoa de 13-2-1937 (Olazabal, 2009: I, 255); informes del cónsul italiano en San Sebastián, 18-3-1937, 21-3-1937, 1-4-1937 (Olazabal, 2009: I, 311-312, 314, 341-342); informe de la embajada italiana en Salamanca (Olazabal, 2009: I, 348); informe del Cardenal Gomá (Olazabal, 2014: 251-256); informe del militar republicano Teniente Coronel Buzón Llanes (Olazabal, 2014: 361).
- <sup>21</sup> Meer, 1992: 236-240. Olazabal, 2014: 217-361. Onaindía, Alberto: «Senador Julio Jáuregui», *El Correo Español*, 11-2-1982. AHE, Fondo Ruiz de Aguirre, Subsección Alberto Onaindía, 21.45.
- <sup>22</sup> Fernández Soldevilla, 2016: 150-163. Mees, 2015: 51-69. Rubio Caballero, 2014: 135-155. Aguilar, 1998: 121-154.
- <sup>23</sup> AN, DP 86-3, carta de Julio Jáuregui a Javier Olazabal S.J., 18-5-1965. Febo, 2012: 132. Julio Jáuregui: «Las actitudes de Telesforo Monzón», *El País*, 26-10-1979.
- <sup>24</sup> AN, DP 86-3, carta de Julio Jáuregui a Manuel Irujo, 7-10-1971. Juliá, 2003.
- <sup>25</sup> AN, EBB 51-1.
- <sup>26</sup> La única excepción a esta actitud política se produjo en su primera etapa del exilio mejicano (1943-44), cuando defendió la superación de la legalidad republicana y el derecho de autodeterminación para el País Vasco, en sintonía con la estrategia política del *lehendakari* Agirre que trataba de dar un carácter nacional al ejecutivo autónomo. En 1943 Jáuregui reclamó el reconocimiento de la soberanía vasca cuando negoció, junto a Telesforo Monzón, la entrada de los nacionalistas en la Junta Española de Liberación, plataforma unitaria del exilio republicano español, en la que el PNV finalmente no se integró (AN, EBB 117-2, carta de Julio Jáuregui a José Antonio Aguirre, 23-11-1943).
- <sup>27</sup> AN, EBB 117-2, carta de José Antonio Aguirre a Manuel Irujo, 17-9-1945.
- <sup>28</sup> AN, EBB 50-1, carta de Julio Jáuregui a José Antonio Aguirre, 10-10-1946; EBB, 50-2, carta de Julio Jáuregui a José Giral, 16 de abril de 1948.
- <sup>29</sup> AN, EBB 175-2.
- <sup>30</sup> AN, DP 86-3, cartas de Julio Jáuregui a Manuel Irujo, 16-2-1962 y 5-3-1971.
- <sup>31</sup> Sociedad de Estudios Vascos, Fondo Irujo, J-4074, carta de Julio Jáuregui a José Tarradellas, 5-3-1971.
- <sup>32</sup> AN, EBB 50-1, carta de Julio Jáuregui a Francisco Arregui, 10-10-1946; EBB 50-2, carta de Julio Jáuregui a José Giral, 16-4-1948.
- <sup>33</sup> J. Jáuregui: «Valor y serenidad. El Lendakari Leizaola», *Euzkadi*, junio de 1976.
- <sup>34</sup> «Jel» es el acrónimo del lema de Sabino Arana «Jaungoikoa eta Lagi Zarra» (Dios y Leyes Viejas o Fueros). Cuando Jáuregui fue secretario del PNV (1947-1952) sus planteamientos fueron menos moderados, llegando incluso a proponer el empleo de la violencia para derrocar al franquismo. J. Jáuregui: «El único camino», *Azkatasuna*, n.º 36, 1947.
- <sup>35</sup> AN, EBB 102-8 carta de Julio Jáuregui a Ceferino Jemein, 19-1-1953.
- <sup>36</sup> AN, EBB, 304-13. J. de Recalde [seudónimo de Julio Jáuregui]: «Cómo nació el Estatuto de Autonomía de Euzkadi», *Alderdi*, 279, octubre de 1972; «Contenido del Estatuto de Autonomía del País Vasco», *Alderdi*, 280, diciembre de 1972.
- <sup>37</sup> Sobre el PNV en la Transición, *vid.* De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, 2001: 320-350; Pérez-Nievas, 2002; Arrieta, 2012: 39-52; y Mees, 2013: 323-344.
- <sup>38</sup> J. Jáuregui: «Ante la visita de don Juan Carlos y doña Sofía» (citado en Anasagasti, 1986: 234). AN, DP 502-1, carta de Julio Jáuregui a Francisco Jené, 3-2-1971.
- <sup>39</sup> Sociedad de Estudios Vascos, F. Irujo, HK 18, carta de Julio Jáuregui a Manuel Irujo, febrero de 1976.

- <sup>40</sup> Pérez-Nievas, 2002: 189-201.
- <sup>41</sup> Sociedad de Estudios Vascos, Fondo Irujo, J 26365, carta de Julio Jáuregui a Manuel Irujo, 26-2-1977.
- <sup>42</sup> *Guadiana*, 90, 20-26 enero de 1977, pp. 13-17. Anasagasti, 1986: 163-169. AHE, Fondo Alberto Ruiz de Azúa 8-1328, carta de Jesús M.<sup>a</sup> Leizaola a Alberto Ruiz de Azúa, 25-2-1977.
- <sup>43</sup> PNV-EAJ: *Txostena. Politika. Documentos de la Asamblea Nacional. Marzo de 1977*, pp. 21-23.
- <sup>44</sup> Pérez-Nievas, 2002: 201-368.
- <sup>45</sup> *El País*, 14-4-1977. *El Diario Vasco*, 14-4-1977.
- <sup>46</sup> AN, DP 86-3, carta de Jesús M.<sup>a</sup> Leizaola a Julio Jáuregui, 10-6-1977.
- <sup>47</sup> N. Iribarren: «Gracias Julio Jáuregui», *Euzkadi*, noviembre de 1977. *Diario Vasco*, 5-12-1979 y 11-2-1981. Sociedad de Estudios Vascos, Fondo Irujo, J 26365, carta de Manuel Irujo a Julio Jáuregui, 20-2-1977; carta de Julio Jáuregui a Manuel Irujo, 26-2-1977.
- <sup>48</sup> *Diario Vasco*, 5-12-1979.
- <sup>49</sup> *Deia*, 6-2-1979. *Diario Vasco*, 6-2-1979.
- <sup>50</sup> Martínez Rueda, 2018: 187-220.
- <sup>51</sup> Martínez Rueda, 2016: 267-297.
- <sup>52</sup> Aguilar, 1996. Juliá, 2003: 104-125.
- <sup>53</sup> Núñez Seixas, 2007. Aguilar, 1998: 121-154. Mees, 2015.
- <sup>54</sup> AN, DP 86-3, carta de Julio Jáuregui a Manuel Irujo, 24-10-1986. Sociedad de Estudios Vascos, Fondo Irujo, J 39-1, carta de Manuel Irujo a Julio Jáuregui, 22-10-1961.
- <sup>55</sup> *Blanco y Negro*, 25 de julio-31 de agosto de 1979.
- <sup>56</sup> Juliá, 2017: 420-450.
- <sup>57</sup> J. Jáuregui: «La amnistía y la violencia», *El País*, 18-5-1977.
- <sup>58</sup> Iratzar Fundazioa, 2017: 73-81. Anasagasti, 1986: 194-195.
- <sup>59</sup> *Diario Vasco*, 5-12-1979.
- <sup>60</sup> *Guadiana*, n.º 90, 20-26 de enero de 1977.
- <sup>61</sup> PNV-EAJ: *Txostena. Politika. Documentos de la Asamblea Nacional. Marzo de 1977*, p. 33.
- <sup>62</sup> *Blanco y Negro*, n.º 3508, 25 de julio-1 de agosto de 1979.
- <sup>63</sup> *Punto y Hora de Euskal Herria*, n.º 21, 3-11 de febrero de 1977.
- <sup>64</sup> Escrito de Julio Jáuregui al *Bizkai Buru Batzar*, marzo de 1979 (citado en Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, 2001: 372).
- <sup>65</sup> *Goiz Argi*, n.º 327, 5-2-1977. J. Ajuriaguerra: «Democracia y Federalismo», *El País*, 8-5-1977.
- <sup>66</sup> *Deia*, 30-10-1979.
- <sup>67</sup> Pablo, Mees, Rodríguez Ranz, 2001: 365. Pablo, 2002: 182-183. Anasagasti, 1986: 201.
- <sup>68</sup> *Txillardegí*: «Jáuregi, Monzón y ETA», *Egin*, 15-2-1981. De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, 2001: 274-275.
- <sup>69</sup> AN, DP 86-3, carta de Julio Jáuregui a Manuel Irujo, 7 de octubre de 1971.
- <sup>70</sup> Fernández Soldevilla, 2009: 97-114.
- <sup>71</sup> Citado en Anasagasti, 1986: 164.
- <sup>72</sup> *La Gaceta del Norte*, 19-11-1980.
- <sup>73</sup> Pérez-Nievas, 2002: 268-275.
- <sup>74</sup> J. Jáuregui: «¿Guerra o acción pacífica?», *El País*, 18-1-1977. Anasagasti, 1986: 176.
- <sup>75</sup> Pérez y Carnicero, 2008: 111-128.
- <sup>76</sup> *Blanco y Negro*, 25 de julio-1 de agosto de 1979.
- <sup>77</sup> *Guadiana*, n.º 90, 20-26 de enero de 1977. AN, EBB, 117-2, carta de Julio Jáuregui a José Antonio Aguirre, 23-11-1943. *Blanco y Negro*, 25 de julio-1 de agosto de 1979. «Un vasco en la Comisión de los Nueve», *Punto y Hora de Euskal Herria*, 3-15 de febrero de 1937, pp. 30-33.
- <sup>78</sup> *Guadiana*, n.º 90, 20-26 de enero de 1977.
- <sup>79</sup> D.S.S., n.º 34, p. 1415, 12-12-1979.
- <sup>80</sup> D.S.S., n.º 34, p. 1414, 12-12-1979.

